

Moedano (1972) señala que el sincretismo religioso que adoptaron los danzantes se convirtió en un instrumento de resistencia, que habría de tomar un sesgo nativista. En un principio los danzantes se organizaron a través de hermandades, reuniéndose alrededor de la imagen de un santo o virgen. Dado que no contrariaban los intereses de la iglesia, fueron permitidas y aun promovida su participación en las festividades de los santos patronos. Tales organizaciones estarían constituidas probablemente por indígenas otomíes reunidos como reacción ante las nuevas formas culturales, dirigidos por un grupo de sacerdotes indígenas.

Ante un imposible desquite militar, estas hermandades combatirían a sus enemigos a través de medios mágicos: mediante la “fuerza” y protección de sus ancestros. Con la esperanza de que los españoles habrían de irse, se preparaban mediante el ejercicio de la danza dentro de una milicia religiosa. Por medio del simbolismo de la danza trataban de mantener la religión indígena, agredida por la imposición del catolicismo, continuando con sus antiguas prácticas. Para ello se apropiaron dentro de sus rituales de símbolos cristianos, “con la esperanza de que les dará un nuevo y mayor poder; pero siendo reinterpretados dentro del contexto mágico-religioso indígena, y siempre con fines nativistas y de autonomía cultural” (*ibidem*: 605). Integraron las imágenes de los santos, velas, letanías, oraciones y estandartes, entre otros elementos del culto católico.

Existen pocos testimonios escritos de los siglos XVII y XVIII relacionados con la danza. Sin embargo, Moedano (1978) menciona que hacia 1604 fray Alonso de la Rea describe las festividades y las danzas que se llevaban a cabo